

Crear, conocer, y otras fórmulas de la dicha.

por Gisela Courtois (Lic. en Psicología)

(Revista Spes Unica – Mayo de 2014)

Observen a un niño. No pasan muchas horas sin que intente crear algo, ya se trate de un dibujo, una historia, o simplemente una teoría personal o una mentira. Algo ocurre en la vida adulta. Aún no hemos podido averiguar de qué se trata, pero nuestro impulso creador va siendo cercenado hasta pasarnos más tiempo criticando nuestra propia obra (en el caso de que la hubiera) o haciendo ostentación de ella, que creando en sí.

De niños poseemos una capacidad: vemos una historieta y nos ponemos a dibujar la propia, vemos una muñeca y nos ponemos a fabricarle ropa, vemos un programa sobre el espacio y ya nos disfrazamos de astronautas, o jugamos a la visita y nos maquillamos la cara a nuestro antojo.

Algo ocurre en algún momento, algo que luego decanta en que antes de hacer, antes de inventar, nos ponemos a evaluar qué cosa productiva podríamos estar haciendo. Ni siquiera llegamos a advertir nuestras ganas de crear. ¿Para qué llegamos, entonces, a la vida adulta?

Crear o consumir

Según Hegel, la creación, el contacto con la realidad y el esfuerzo por su entendimiento son generadores de conciencia. El trabajo (entendido como la creación de objetos que **no** se agoten en su consumo, o sea, arte y ciencia en general) es para Hegel *la tarea liberadora del esclavo*.

Voy a tratar de ser lo más clara posible, porque, hay que decirlo, Hegel es un autor muy difícil de abarcar y comprender, de manera que no suelo ser tan respetuosa de su teoría como didáctica en el momento de transmitir una de sus ideas.

Advertidos que quedan sobre mi desenfado, continúo con la explicación.

Para Hegel, la forma en que el sujeto se relaciona con la vida define su actitud de señor o de siervo. El señor domina al siervo, quien le otorga las cosas que el primero quiere consumir, gozar. O sea que la relación que el señor tiene con las cosas del mundo es una relación mediatizada por el siervo. No toma las cosas ni las construye, sino que las consume de manera mediatizada. El señor fagocita las cosas y en esta actitud, las destruye, las consume en todo el significado de la palabra.

Por su parte, el siervo le teme a la muerte y esto motiva a sostener una relación de obediencia frente al señor.

Libertad en tensión con la necesidad

A hora bien. Hegel advierte que este esclavo tiene una tarea que puede ser liberadora: el trabajo.

Ocurre que Hegel reelabora la noción de trabajo y la extiende hasta la noción romántica de producción de objetos bellos o artísticos. El elemento decisivo de la noción de trabajo para Hegel reside en la permanencia, sea una técnica o un objeto que no se consume al ser gozado. El objeto manufacturado, por el contrario, una vez se ha diseñado se reproduce de manera mecánica y resulta destruido al ser gozado, consumido.

Antes de caer demasiado rápido en conclusiones políticas sobre el alcance de esta teoría, sugiero que nos detengamos en el fenómeno creador del sujeto. Porque se podría decir que un sujeto puede tener dos tipos de relación con las

cosas: o las desea, las goza y por lo tanto las fagocita; o bien las transforma y de esta manera logra saber algo sobre sí mismo.

El amo, por ser puro goce, no puede saber nada sobre sí mismo. De esta forma, si pensamos la libertad asociada al trabajo creador, admitimos que para alcanzar libertad y autoconocimiento necesariamente debemos resignar una cuota de apetencia. También Kant entiende el concepto de libertad como un hecho que entra en contradicción con la necesidad: Para ambos autores la libertad implicará renunciar a una cuota de apetencia.

A grandes rasgos, podríamos afirmar que una sociedad con mayores necesidades resulta una sociedad con menos chances de que sus integrantes intenten un entendimiento de la realidad y de sí mismos que los haga más libres. Por el contrario, en una sociedad en la cual las costumbres inspiran a construir nuestros propios objetos y técnicas sería una sociedad en donde más comúnmente sus integrantes alcanzarían nuevos niveles de libertad. A la vez, la creación genera trascendencia más allá de la muerte, con lo cual nuestra angustia por lo breve que resulta nuestro paso por el mundo se vería moderada. El miedo a la muerte sería menor y se acotaría nuestra necesidad de servir a un amo, de ser aceptado, de hacer acopio de objetos y servicios que nos hagan sentir completos y en ese intento someternos a trabajos desagradables o alienantes.

¿Por qué digo que la creación trasciende a la muerte? Porque nuestras creaciones nos sobreviven. El nieto de un hacendado podría recordar los buenos momentos que pasaron en la lujosa casa familiar, ayudados por la servidumbre. Pero la asociación casa-abuelo no está garantizada. Este sujeto podría tener un mal recuerdo de su abuelo pero un muy buen recuerdo de la casa. Por el contrario, el nieto de un carpintero que sigue utilizando su mesa construida a mano, necesariamente evoca a su abuelo cada vez que ve la

cómoda, y los sentimientos que abrigara por la figura de su abuelo necesariamente serán transferidos de manera directa a su creación.

Creación y apetencia. Esos son los dos polos de tensión entre los que se dirime la condición humana.

Si nos dedicamos únicamente a saciar nuestra apetencia, al final del día no sabremos nada sobre el mundo ni sobre nosotros mismos y seremos cada vez menos libres. Si sólo nos dedicamos a la creación y olvidamos nuestra apetencia, claro está, no podremos sobrevivir mucho tiempo. En esta dinámica, en esta tensión y conflicto, quedará en evidencia nuestra decisión de entregarnos a una u otra corriente anímica en distintos momentos. Y qué podría definir mejor a nuestro espíritu que la manera en que nos las arreglamos con esta tensión.

La modernidad sólo quiere amos

A hora sí llegó el momento de avanzar en una posición ideológica al respecto. El capitalismo, por su concepción en sí, necesita la necesidad generalizada. Y allí donde no existe una necesidad, la inventa. Porque por otra parte, un sujeto no desea fagocitar objetos del mundo sólo para gozarlos, sino para incorporarlos a sí mismo, con la ilusión de lograr de este modo su estado de completa plenitud. Aquello que los psicoanalistas llamamos *falta* no es otra cosa que la polea que podría impulsarnos a la creación. Sin embargo al hombre moderno le horroriza la falta, al tal punto que ya casi no hay espacio para los duelos. Porque para llevar a cabo un duelo es necesario aceptar no sólo la pérdida de lo amado

(persona, objeto, institución, la libertad, etc.) sino también que una parte de sí mismo ha sido sepultada con lo perdido.

Si falta una mesa, hagámosla, manos a la obra. Si falta pan, podemos hacerlo. Si faltan amigos podemos salir a conocer el mundo y crear vínculos de lo más variados. El sujeto consumidor es aquel que siente que para estar completo debe tener una mesa como la que está expuesta en la vidriera del comercio de decoración; que su familia estará bien alimentada sólo si consume productos comprados en el supermercado. Lo contrario, fabricar lo propio, es visto como síntoma de fracaso. Y la palabra se repite una y otra vez para ofrecernos siempre un fantasma, un **cuco** que nos espera al final del camino si no somos capaces de consumir lo que nos ofrecen.

“Fracasado”, o “Loser” son los cucos del lenguaje moderno que vienen a reforzar la idea de que ser consumidores nos realza como personas, nos vuelve triunfadores e importantes.

Ni hablar de generar vínculos cara a cara, el trabajo domiciliario, el refugio del contacto virtual, son de gran utilidad para quien no quiere encontrarse con el otro y, por lógica consecuencia de la comparación, encontrarse con su propia falta.

Una sociedad de puros consumidores es una sociedad que consume, son grandes cantidades de apetitos infinitos a los cuales venderles productos y servicios. Y digo infinitos porque como ya dije, uno no desea sólo lo que quiere gozar sino aquello que le brinda la ilusión de completarse como sujeto, y eso es imposible en un ser vivo, que está en constante transformación, que siempre se despierta con una nueva inquietud y sobresalto, que crece, se desarrolla y sobre todo, que sabe que al final del camino lo espera la muerte, con su irrefutable confirmación de que nuestra existencia es temporal, al menos nuestra existencia como la conocemos.

Mientras tanto, nuestro potencial creativo de la infancia duerme un sueño casi eterno, si no fuera porque de vez en cuando nos vemos impulsados a decorar una pared con las huellas de nuestras palmas, o un marcador blanco nos inspira a llenar una carpeta de dibujos hechos a mano alzada, o un episodio nos inspira a escribir un poema que lo describa, o simplemente inventamos un cuento para dormir a un bebé.

En definitiva, no me gusta prometer ni jurar, pero les aseguro que si se dedican más tiempo a *crear* que a *consumir*, al final del día se sentirán más dichosos. De otra manera, si sólo nos dedicamos a consumir, nos encontrarán llegando a la vejez rodeados de objetos cuyos nombres aluden a otras personas o empresas, es decir, nada de lo que nos rodee será nuestro y el vacío que intentamos llenar desde hace décadas se sentirá más en carne viva cada vez.